



**FIESTA  
EN  
NUEVA  
YORK**

# LA TREGUA DE CENTRAL PARK

Son las ocho y media de la tarde. La noche empieza a caer sobre Nueva York. La temperatura se inscribe en cifras de neón rojo sobre el techo del edificio de la RCA: 82° Fahrenheit, equivalente a 28° centígrados. En las gradas del teatro Delacorte, en el corazón de Central Park, se amontonan varios miles de neoyorquinos para asistir a un Festival Shakespeare de excepcional calidad. Las localidades son gratuitas, y en el anfiteatro se mezclan el público popular, el recogimiento popular y la campechanería a la americana.

Sin embargo, no hace cinco años, Central Park era aún el lugar más peligroso de Nueva York. Era el feudo de los vagabundos, de los traficantes de





**Hasta hace menos de cinco años nadie se atrevía a atravesar Central Park después de la caída de la noche. Desde entonces las cosas han cambiado, a partir de que Lindsay tomara el parque como cosa suya durante la campaña para la alcaldía de Nueva York. Hoy, el parque se ve invadido por una muchedumbre que es la mejor garantía de seguridad, y es un oasis para ciclistas, deportistas y paseantes.**

drogas, de los ladrones y de los asesinos. En suma, en cuanto el sol deponía, el que iba allí arriesgaba su vida.

En la actualidad, hay más enamorados que a orillas del Sena, y las madres vienen a pasear a sus bebés. Aparte unos cigarrillos de marijuana intercambiados en los bosquecillos, Central Park es, en el corazón de una de las ciudades más sofisticadas y más violentas del mundo, una especie de vuelta a la naturaleza que deja al turista con la boca abierta. Hay deportistas que reman en el lago, muchachos que juegan al fútbol americano, otros que descansan al sol... Todo el mundo habla a todo el mundo. Apenas si puede sentarse uno con un libro sin que alguien le

aborde, amablemente, «por aquello del calor humano».

Evidentemente, sigue habiendo policías que deambulan a lo largo de los paseos, pero están a caballo. Parece que así son más eficaces... También se han multiplicado los puestos para llamadas de urgencia en los árboles. Pero sólo se trata de precauciones. El Park ha dejado de dar miedo.

En el origen de esta transformación espectacular se halla la política del alcalde de Nueva York, John Lindsay, y, sobre todo, las iniciativas de Thomas Hoving, su primer «comisario de parques». Durante toda su campaña electoral de 1965, Lindsay había prometido hacer de Nueva York una «fun city», una ciudad

alegre, y Hoving pasó a los actos.

Hijo del jefe de Tiffany's, una de las joyerías más famosas del mundo, situada en la Quinta Avenida, Thomas Hoving, de treinta y ocho años, delgado y distinguido, ha pasado siempre por un inconformista ante su familia. Sus padres le habían matriculado en una de las escuelas privadas más «snobs» y más exclusivas de Nueva York, Buckley, donde también estudió Lindsay. A los ocho años fue expulsado por indisciplina. Al segundo intento siguió la segunda expulsión, esta vez a causa de un pugilato con su profesor de Latín. Hoving no se interesó por sus estudios hasta llegar a Princeton, donde se apasionó por la

Historia del Arte y sacó sus primeras buenas notas. Parecía haber sentado la cabeza. Pero los negocios familiares no le interesaban. Su padre le suprime la subvención. Pasa tres años en los «marines», al cabo de los cuales se encuentra en forma para terminar su doctorado.

Cuando Lindsay decide presentarse a la alcaldía de Nueva York, Hoving es conservador del anexo del Metropolitan Museum consagrado a la Edad Media. Un día sugiere al candidato, al que conoce desde 1960, que se ocupe de Central Park, que vuelva a poner a punto el campo de juegos, del que desde su infancia siente nostalgia. Lindsay le encarga que prepare un «libro blanco». Dos días después de su



METRO-GOLDWYN-MAYER  
presenta

Cuando un día  
hables de esto con  
alguien no pienses  
mal de mí...  
Recuérdame  
con cariño...



# Tea and Sympathy

(Té y simpatía)

CINEMASCOPE • METROCOLOR

**Deborah Kerr · John Kerr**

con Leif Erickson · Edward Andrews

Guión de Robert Anderson Basado en la obra de Robert Anderson  
Director Vincente Minnelli Productor Pandro S. Berman

## LA TREGUA DE CENTRAL PARK

(Viene de la página 33)

elección le ofrece el puesto de «comisario de parques».

Nada más ser nombrado, Hoving se lanza a la tarea. Despierta a los siete mil funcionarios que ha heredado —es administrador no sólo de Central Park, sino también de la totalidad de parques y campos de juego de Nueva York— y que dormitaban en el antiguo arsenal de la calle Sesenta y cuatro, cuartel de los tiempos de la guerra de Secesión donde se habían hecho fuertes. De la noche a la mañana se encuentran sometidos a un ritmo desenfadado.

### Reservado a las bicicletas

Hoving propone un remedio sencillo contra el miedo: la muchedumbre. Organiza recitales de la Orquesta Filarmónica de Nueva York en Sheep Meadow, por donde, hasta 1934, pasaban los corderos. Una noche vienen setenta y cinco mil personas. Encantado, Hoving pregunta: «¿Qué mejor garantía de seguridad puede imaginarse que setenta y cinco mil personas asistiendo a un concierto al aire libre?». Luego monta «happenings» en el Park. Carreras de viejos neumáticos, concursos de pintura sobre telas de quinientos metros expuestas al sol, batallas de bolas de nieve, bailes de disfraces, veladas de «rock'n roll», bailes folklóricos semanales.

Anuncia sesiones gratuitas de doma de perros, y el primer día se presentan cuarenta personas. Rehabilita las cometas, prohibidas hasta 1966, y él mismo arbitra el primer concurso. Cierra las carreteras transversales a la circulación automovilística los domingos, para hacer entrega de cinco kilómetros de paseos asfaltados a los ciclistas, y él mismo, con toda su familia, da ejemplo... La prohibición se ha ampliado después a dos noches por semana y al «week-end» entero. En unas semanas los alquiladores de bicicletas se ven desbordados. Inaugura unas veladas de «contemplación de las estrellas». Para financiar todas estas iniciativas consigue doblar su presupuesto en seis meses y hace un llamamiento a la generosidad de los más ricos de sus amigos, con éxito.

En mayo de 1967, Hoving abandona su cargo para ponerse al frente del Metropolitan Museum, que se encuentra a orillas del parque. Su sucesor, Auguste Heckscher, un poco asustado, no tiene más remedio que seguir sus huellas.

En la actualidad, hay en Central Park cinco restaurantes, uno de los cuales, el «Tavern of the Green», ofrece cenas con baile; una piscina gratuita para los niños; dos teatros, uno de los cuales, el Wollmann Memorial Ring, se transforma, en invierno, en pista de patinaje;

una orquesta titular; un tiovivo y ocho kilómetros de paseos para equitación; pistas de tenis; un campo de juego para los niños; dos parques zoológicos donde quienes viven en los alrededores, vienen a desayunar en verano mientras miran evolucionar a las focas; los actos son tan numerosos que ha sido preciso instalar aparatos automáticos que den cada día la lista y el horario de celebración. Pero, sobre todo, Central Park se ha convertido, para la ciudad supertensa, en un lugar de desfogue no violento.

### Un armisticio

Cuando hace un año, los «hippies», después de haber invadido la Grand Central Station, amenazaban con romperlo todo, la policía les canalizó hasta Central Park, donde acabaron por dispersarse después de un gran «be-in». También en Central Park vino a recogerse una muchedumbre silenciosa de quince mil personas después del asesinato de Martin Luther King. Y Nueva York no ardió. La Iglesia Universalista celebró un servicio al aire libre, una pareja de «hippies» se casó bajo los árboles con el beneplácito de Lindsay. Los amaneceres en Central Park se han convertido en la conclusión habitual de las veladas prolongadas.

El papel de estas trescientas treinta hectáreas de jardines a la Inglesa a las que sus primeros paisajistas intentaron, a finales del pasado siglo, dar un aire de naturaleza salvaje, se explica por su posición geográfica. Cada orilla del parque marca el límite de un mundo.

Al sur de Midtown, el barrio de los negocios, con edificios enteramente acristalados, hasta Central Park South, una de las direcciones más distinguidas de la ciudad. Al norte, a partir de la 110ª Calle, Harlem. Al este, la Quinta Avenida, donde están situados los pisos de Richard Nixon, Nelson Rockefeller y Jacque Onassis, y la «Costa de Oro», el barrio en el que «hay que vivir», el de los «snobs» y los multimillonarios. Al oeste, entre Central Park West y el Hudson, lo contrario: allí viven los pobres, los drogados, los desechos de la sociedad americana a los que vienen a unirse, cada vez en mayor número, los intelectuales y los artistas desde que Greenwich Village se ha visto invadido por los turistas.

Las secretarías de Midtown, los pobres del oeste, los ricos de la «Costa de Oro», los negros famélicos de Harlem se cruzan en este enclave en medio de la ciudad, en una especie de armisticio irreal y provisional, pero tan «natural» que se dejaría uno engañar por él. ■  
CATHERINE DREYFUS. Fotos: MARTINEZ PARRA.